

MICROSABERES Y MICROPODERES

Hacer un análisis riguroso del concepto *saberes vampiros*, tal y como los define Beatriz Preciado, como saberes contra-dominantes (en terminología foucaultiana podríamos denominarlos **microsaberes**) interrelacionados con un sistema de subyugación sexo-género al más puro estilo Gayle Rubin en *El tráfico de mujeres: notas sobre la economía política del sexo* (1975), requeriría un estudio detallado de sus textos para desmenuzarlos en su contenido y tratar de hallar en ellos lo que yo denomino el **prejuicio progresista**.

El prejuicio progresista consiste en considerar a los negros, gitanos, niños, mujeres, homosexuales, obreros, etc.; es decir, a los “débiles” y marginados, por el mero hecho de serlo, personas buenas, honestas, solidarias y poseedoras de una verdad que supuestamente se trata de ocultar; es decir, **víctimas**. Como si no hubiese mujeres, niños, homosexuales, negros, obreros, gitanos..., maldicientes, hipócritas, envidiosos, manipuladores, maltratadores, traidores, tiranos o asesinos con quienes son más débiles y marginados que ellos; esto es, **verdugos**. En este sentido, hay que tener siempre presente la teoría de los **micropoderes** de Foucault pues, a mi entender, el feminismo estaría más allá de ellos en tanto en cuanto, en la actualidad, su capacidad de coacción y chantaje políticos, y de manipulación de la realidad, sería equiparable a la de los poderes instituidos.

El planteamiento de Preciado se imbrica con el concepto “**conocimiento situado**” de Donna Haraway (1991), que viene a ser la aplicación de la teoría de la relatividad general de Einstein (1915) al estudio de las sociedades: la percepción de la realidad está condicionada por el observador; ya sea por su posición en el espacio (en el caso de Einstein) o por su género, clase social, raza, religión, etc. (en el caso de Haraway). Nos encontramos, pues, ante una teoría crítica de la sociedad tal y como la propuso en los años 1930 la **Escuela de Frankfurt**, aunque en estas autoras (en el feminismo en general), no se concibe la sociedad como un todo, como hacían Adorno, Horkheimer, Benjamin, Marcuse, y los demás teóricos frankfurtianos, sino que se subdivide de forma maniquea, simplista y políticamente interesada en dos bandos confrontados de forma radical en función del género al que se pertenezca: a un lado, los *buenos*: las mujeres, con las ensayistas feministas a la cabeza, y enfrente el malo: el hombre blanco y heterosexual (llamado insistentemente “**varón**” por el movimiento feminista, con la pretensión de des-humanizarlo y des-masculinizarlo); tanto “más malo” (pecador) cuanto más sexualmente promiscuo sea, reproduciendo así de forma fiel la histórica y rancia doctrina sexual del puritanismo protestante anglosajón y de la Iglesia católica, apostólica y romana.

Por su propia definición, el conocimiento situado afecta a todos, se pertenezca al género al que se pertenezca y se profese la ideología que se profese, lo cual conlleva necesariamente que sus conclusiones y aplicaciones estén también “situadas”. Solo así se puede comprender que una teórica y seguidora de la **teoría queer** (Beatriz Preciado), que proclama la absoluta construcción social de las identidades sexuales individuales opte por someterse a un tratamiento médico (después de todo un **bio-poder** en el sentido que lo describe Foucault en *La voluntad de saber*), para adquirir ya no genotípicamente (puesto que todavía no es factible), sino fenotípicamente, una identidad masculina (Paul B. Preciado) contra la que siempre ha batallado. Decía Marx que los trabajadores (incluyendo a las mujeres) no tienen patria. La evolución biológica y sociocultural humana ha demostrado que lo que no pueden no tener las personas es género; cualquiera que este sea.